

ANTOINE COMPAGNON

¿PARA QUÉ SIRVE LA
LITERATURA?

*Lección inaugural de la
cátedra de Literatura Francesa
Moderna y Contemporánea
del Collège de France, leída
el jueves 30 de noviembre
de 2006*

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE MANUEL ARRANZ

BARCELONA 2008  A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *La littérature, pour quoi faire?*

Publicado por:

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© 2007, by Antoine Compagnon

© de la traducción, 2008 by Manuel Arranz

© de esta edición, 2008 by Quaderns Crema, S.A.

Todos los derechos reservados:

Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-96834-78-1

DEPÓSITO LEGAL: B. 46.II3 - 2008

En la cubierta, fragmento de una naturaleza muerta
de Samuel van Hoogstraten

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composición*

ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2008*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Señor administrador,
señoras y señores profesores:

Al tomar la palabra en este lugar, la emoción me embarga. Vuelvo a verme a mí mismo la primera vez que franquéé las puertas de esta casa, donde me encontraría con algunos gigantes. Acababa de matricularme en una escuela vecina. Corrían los años setenta. Tenía veinte años. París era una fiesta de la inteligencia. La madre de un amigo me había aconsejado que visitara el Collège de France. Me acerqué, consulté el tablón de anuncios —tan boquiabierto como el narrador de *En busca del tiempo perdido* ante la columna Morris que anunciaba a la Berma en *Fedra*—, y una mañana, tímidamente, entré en un aula. Allá arriba, no sé exactamente cuál, puesto que aquello ha cambiado mucho. Acurrucado en el último banco, escuché a un hombrecito que tenía el aspecto de un frágil pájaro. Explicaba—minuciosa y ceremoniosamente—un soneto de Du Bellay como yo no había visto hacer nunca ni imaginado que pudiera hacerse. Pronto supe su nombre: acababa de es-

cuchar, invitado por Claude Lévi-Strauss, a Roman Jakobson, el inmenso lingüista y teórico de la poesía que ha recorrido todo el siglo xx, desde Moscú hasta Praga, y más tarde Nueva York y Harvard.

A diferencia del narrador de Proust después de ver *Fedra*, aquella primera vez no me decepcionó. ¿Me he repuesto alguna vez de aquella visita? ¿No se convierte uno en profesor cuando no ha sabido abandonar la escuela? Una vez hube encontrado el camino del Colegio me ha conducido hasta aquí. Al tiempo que me preparaba para ser ingeniero, asistí a otros cursos entre estos muros, al de Michel Foucault, el año que impartió *Vigilar y castigar*; o a la lección inaugural de Roland Barthes, a cuyo seminario de la École des Hautes Études había acudido de cuando en cuando. Más tarde, un colega me recordaría que, en el seminario de Claude Lévi-Strauss, habíamos escuchado a Julia Kristeva, quien luego dirigiría mi tesis. Y fue así como la enseñanza del Collège de France debió de precipitar mi conversión tardía de las ciencias a las letras.

Guez de Balzac advertía contra la conversión inversa: «Abandonar la elocuencia por la matemática—decía en 1628—es como estar aburrido

de una amante de dieciocho años y enamorarse de una vieja».¹ ¿Vieja, la matemática? El «gran» Balzac se equivocaba; sin embargo, la literatura ha seguido siendo para mí una «amante de dieciocho años», y tampoco tenía razón uno de mis maestros, cuando me prevenía en el momento en que yo estaba a punto de dar el paso: «¿No sería mejor seguir siendo un ingeniero humanista?».

Disculpen que evoque estos viejos recuerdos, pero explican la inseguridad que siento ante ustedes. No pueden imaginarse cuánto le falta a mi formación humanista, todo lo que no he leído, todo lo que no sé: ya que, en la disciplina para la que me han elegido, soy prácticamente un autodidacta. Y sin embargo enseño literatura desde hace más de treinta años, y he hecho de ello mi profesión. Mas he enseñado siempre—como continuaré haciendo aquí—aquello que no sabía, he tomado como pretexto los cursos que daba para leer aquello que todavía no había leído, para buscar así aprender, finalmente, aquello que ignoraba.

¹ Jean-Louis Guez de Balzac, carta al señor de Tisсандier, 23 de marzo de 1628, en *Œuvres complètes*, París, 1665, t. I, p. 362.

Dudando de que fueran a aceptar mi proyecto de cátedra y mi candidatura, me preguntaba: «¿No se darán cuenta de su error?». Pero a continuación rectificaba, pensando que un profesor seguro de sí, un profesor que lo supiese todo antes de investigar, sería el verdadero impostor. Entretanto, me venían a la mente los grandes nombres que han ilustrado la literatura francesa moderna en el Collège de France desde hace algo más de medio siglo, desde Paul Valéry hasta Roland Barthes, desde Jean Pommier hasta Georges Blin, así como aquellos eminentes profesores que me han admitido junto a ellos, Marc Fumaroli e Yves Bonnefoy, además de los miembros del Institut d'Études Littéraires que me han presentado ante esta asamblea, Carlo Ossola y Michel Zink, a los que quiero manifestar mi gratitud.

Para tranquilizarme, pensaba en Émile Deschanel, condiscípulo de Baudelaire en el liceo Louis-le-Grand y padre de Paul, efímero presidente de la República. En 1901, cuando tenía ochenta y dos años, una estudiante rusa intentó asesinarlo al finalizar su curso en el Collège de France, e hirió gravemente a una amiga a quien reprochaba el haberla abandonado por el profe-

sor. «¡Ese simplón de Deschanel! ¡Profesor de señoritas!—escribía Baudelaire de manera premonitoria en 1866—, perfecto representante de la literatura ligera, pequeño vulgarizador de cosas vulgares». ¹ Pero también autor, en la *Revue des Deux Mondes*, en 1847, de un estudio sobre «Safo y las lesbianas», por la misma época en que Baudelaire ponía a *Las flores del mal* este horrendo título: *Las lesbianas*.

Señor administrador, queridos colegas, me siento empequeñecido ante la tarea que me espera aquí junto a admirables maestros, y agradezco humildemente el honor y la confianza que me conceden al acogerme entre ustedes.

Señoras, señores:

¿Por qué, y cómo, hablar, en el siglo XXI, de la literatura francesa moderna y contemporánea? Éstas son las dos preguntas sobre las que deseo reflexionar con ustedes hoy. Ahora bien, el por-

¹ Charles Baudelaire, carta a Narcisse Ancelle, 18 de febrero de 1866, en *Correspondance*, París, Gallimard, 1973 (Pléiade), t. II, p. 610.

qué es más difícil de abordar. De modo que intentaré responder primero al cómo.

Dos tradiciones de estudios literarios vienen alternando desde el siglo XIX, tanto en Francia como en esta casa. Sainte-Beuve distinguía ya «diferentes maneras, diferentes tiempos muy marcados en la crítica literaria». A finales del siglo XVIII, concretaba: «no se buscaba en las obras [...] más que ejemplos del gusto y aclaraciones en función de las teorías clásicas consagradas», pero a principios del siglo XIX se «empieza [...] a refutar las teorías hasta ese momento en boga», y se relaciona las obras maestras, sus virtudes y sus defectos, «con las circunstancias de la época, con el contexto social». Sainte-Beuve percibía el cambio con perspicacia: «La crítica, sin renunciar a su finalidad teórica ni a su idea, se convierte [...] en histórica; se informa y tiene en cuenta las circunstancias en las que surgen las obras». ¹ *Teoría e historia*, ya lo ven, eran los términos a los que acudía Sainte-Beuve para designar las dos «maneras» de la crítica, la vieja y la nueva, y continúan

¹ Charles Augustin Sainte-Beuve, «*Pensées de Pascal*» (1844), en *Portraits contemporains*, París, Michel Lévy, nueva ed., 1871, t. V, p. 197

siendo dos de los subtítulos que he querido poner a esta cátedra: «Literatura francesa moderna y contemporánea: historia, crítica, teoría».

La tradición teórica considera la literatura como *una* y *misma*, presencia inmediata, valor eterno y universal; la tradición histórica considera que la obra es *otra*, en la distancia de su tiempo y su lugar. En términos de hoy en día, o de ayer, se hablará de *sincronía* (ver las obras del pasado como si fueran contemporáneas) y de *diacronía* (ver o intentar ver las obras como las veía el público al que estaban destinadas). Una oposición parecida enfrenta la *retórica* y la *poética*, por una parte, y la *historia literaria* y la *filología*, por la otra: retórica y poética se interesan por la literatura en su generalidad, a fin de deducir de ella reglas o incluso leyes (la imitación, los géneros, las figuras); la historia literaria y la filología estudian las obras en lo que tienen de único y de singular, de irreductible y de circunstancial (un texto, un autor), o como mucho de serial (un movimiento, una escuela), y las explican por su contexto.

No hay nada que resuma mejor las peripecias de los estudios literarios en este país que la sucesión de las cátedras de literatura francesa en el Collège de France. Las primeras, a finales del

xviii y principios del xix, fueron ocupadas por «clásicos», por antiguos y no por modernos, según los términos de la célebre *Querelle*: el abate Jean-Louis Aubert (1773-1784), el abate Antoine de Cournand (1784-1814) y François Andrieux (1814-1833). Los tres eran poetas; Aubert escribía fábulas, Cournand era traductor y Andrieux, dramaturgo. Partidarios de la retórica, autores de artes poéticas, parecen haber sido insensibles al prerromanticismo contemporáneo, así como a la idea de la relatividad histórica y geográfica de lo bello.

Durante el primer tercio del siglo xix, la nueva disciplina de la filología—historia de la lengua y crítica de los textos—empezaba entretanto a ser aplicada a la literatura moderna, la del Renacimiento y la de la época clásica. A los clásicos les sucedieron entonces los historiadores de la literatura; el primero de ellos, Jean-Jacques Ampère (1833-1864), hijo del gran físico lyonés, amante de Madame Récamier, amigo de Chateaubriand y de Tocqueville. La cátedra de francés moderno—asociada a la cual, en 1853, se había creado una cátedra de «Lengua y literatura francesas de la Edad Media» para Paulin Paris—fue ocupada a continuación por Louis de Lomé-

nie (1864-1878), autor de una *Galerie des contemporains illustres, par un homme de rien* (1840-1847), y editor de Beaumarchais, y más tarde por Paul Albert (1878-1881) y el antes mencionado Émile Deschanel (1881-1904) autor de *Romantisme des classiques* (1883-1886).

Los cuatro fueron historiadores de la literatura, pero no lo fueron, sin embargo, en el mismo sentido: los dos primeros, Ampère y Loménie, conservaban todavía algo del aficionado y el anticuario erudito, mientras que sus sucesores, Albert y Deschanel, dos *normaliens*, y por tanto los primeros profesionales, fueron, por el contrario, conferenciantes virtuosos.

Después de los poetas neoclásicos, desde finales del Antiguo Régimen hasta la Restauración, de los sabios hombres de mundo bajo la Monarquía de Julio y el Segundo Imperio, y de los universitarios mundanos de la primera Tercera República, hubo que esperar a Abel Lefranc, chartiste,¹ secretario e historiador del Collège de France y geógrafo de la guerra picro-

¹ Alumno de la École Nationale des Chartes, célebre institución francesa especializada en las ciencias auxiliares de la historia (*N. del T.*).

cholina, para que la historia literaria, en el sentido positivista del término, entrara en esta casa. Abel Lefranc fue elegido en 1904, en un clima político tenso—frente a un conferenciante ilustre, pero antidreyfusista y converso, Ferdinand Brunetière, director de la *Revue des Deux Mondes*—y ocupó la cátedra durante el periodo más largo de todos, hasta 1936.

Bajo el nombre de «Poética», con Valéry—poeta, como los primeros titulares—la enseñanza de la literatura en el Collège de France se reanuda a partir de 1937 dejando de lado la historia. Valéry no pensaba nada bueno de los historiadores de la literatura: «Esos señores no sirven para nada, no dicen nada. Son tan prolijos como mudos. Ni siquiera sospechan de qué se trata. Desconocen incluso el problema. Y pasan el tiempo calculando la edad del capitán».¹

¹ Paul Valéry, *Cahiers* (1921), París, Gallimard, 1974 (Pléiade), t. II, p. 1187. En una carta de 1843, Gustave Flaubert planteaba a su hermana Carolina este problema de «La edad del capitán»: «Ya que estudias geometría y trigonometría te voy a plantear un problema: un barco está en alta mar, salió de Boston cargado de algodón, su capacidad es de doscientas toneladas, se dirige hacia El Havre, el mástil mayor está roto, la toldilla está cubierta de espuma,